

Javier Villarreal Lozano, *Cartas de Querétaro. Saltillenses en la caída del Segundo Imperio*. Saltillo: Ayuntamiento de Saltillo. Archivo municipal de Saltillo. Instituto municipal de cultura de Saltillo, 2005.

Erika Pani

El episodio de la Intervención francesa y del Segundo Imperio dio, incluso en su momento, mucho de que hablar. Para quienes vivieron días tan intensos, ya pertenecieran a un bando o al otro, resultó importante —y uno puede pensar, no mal negocio— publicar su versión de lo sucedido. No obstante, han dominado, en general, las visiones de unos actores más que las de otros. Así, aunque sabemos poco de las percepciones y vivencias del soldado raso,¹ abundan los testimonios de los oficiales intervencionistas —franceses, belgas, austriacos, húngaros y hasta escandinavos— que normalmente conjugan la defensa de la causa —ya la “aventura mexicana” de los franceses, ya el proyecto de Maximiliano— con la descripción del país exótico. Del lado mexicano, con excepción quizá de *Algunas campañas*, de Ireneo Paz —que no se publicarían sino hasta principios de la década de 1880—, no prolifera este tipo de relatos vivenciales, íntimos, cotidianos, de enfoque más puntual, dado que la “versión mexicana” de lo ocurrido entonces se vio dominada por la sofisticada y cosmopolita defensa que de la causa republicana hiciera José María Iglesias, miembro del gabinete itinerante de Juárez, en sus *Revistas históricas*.²

Por otra parte, la sensación de lo presencial, lo inmediato y lo espontáneo que

distingue a la literatura testimonial está prácticamente ausente en las historias que se escribieron sobre los ejércitos del Norte, Occidente y Oriente,³ dadas las aspiraciones de objetividad “científica” de sus autores y su inserción consciente dentro de una “Historia Patria” que se empeñaba en describir el triunfo de la República como glorioso y a la vez inevitable. Tampoco percibimos esa sensación en los escritos de los oficiales imperialistas, que escriben desde el desencanto y el rencor de la derrota, pero también a toro pasado y con un afán de justificación a veces obsesivo.⁴ Por eso el desplazamiento de los tiempos y del enfoque

¹ Están, sin embargo, las cartas del moravo Josef Mucha que sí hacen una descripción al ras del suelo. Milada Bazant, Jan Jakub Bazant, *El diario de un soldado: Josef Mucha en México, 1864-1867*, México: Miguel Ángel Porrúa, Zinacantepec: El Colegio Mexiquense, 2004. Para los oficiales franceses, véase Jean Meyer, *Yo el francés. La intervención en primera persona: biografías y crónicas*, México: Tusquets, 2002.

² José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México*, México: Imprenta del Gobierno en Palacio, 1869.

³ Juan de Dios Arias, *Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo del ejército del norte durante la intervención francesa. Sitio de Querétaro y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte*, México: Imprenta de Nabor Chávez, 1867; Juan B. Hajar y Haro, José María Vigil, *Ensayo histórico del Ejército de Occidente*, México: Imprenta de Ignacio Cumplido, 1874; Manuel Santibañez, *Reseña histórica del Cuerpo del Ejército de Oriente: escrita con acopio de datos por el General de Brigada... al General de División Porfirio Díaz, como General en Jefe que fue de aquel Cuerpo del Ejército*, México: Tipografía de la oficina impresora del timbre, 1892.

⁴ Véanse, entre otros, Miguel López, *La toma de Querétaro. Miguel López a sus conciudadanos y al mundo*, México, imprenta de Vicente García Torres, 1867; Ignacio de la Peza, Agustín Pradillo, *Refutación al folleto publicado por Miguel López con motivo de la ocupación de Querétaro en 15 de mayo de 1867. Por los jefes del ejército imperial presos en More-*

presente en las cartas de los saltillenses enriquece nuestra visión tanto del episodio de la toma de Querétaro como de la época de la Reforma. Estas cartas nos recuerdan lo heterogéneas que eran las fuerzas republicanas en su último empuje, al incluir desde un veterano endurecido como Victoriano Cepeda hasta Blas Rodríguez, quien había tomado las armas a pesar de representar estas la carrera militar, “una de las ocupaciones que más detesto, y a que siempre he tenido la más profunda aversión, sin hacer mientes del miedo que causan y de los graves peligros e incomodidades que traen consigo” (pp. 83-85).

Estos textos también dan testimonio del optimismo –quizás exagerado– de quienes ya habían librado a su estado de los invasores y habían marchado al centro del país para clavarle la puntilla al régimen imperial. Nos hablan del orgullo regional ofendido de los coahuilenses, que luchaban no sólo por la patria y la república sino para que, tras la anexión a Nuevo León en 1856, se reconocieran los derechos de Coahuila como estado libre y soberano. Dibujan, con la llaneza y crudeza de quien las observara, las condiciones atroces de una guerra en la que los vencidos terminaron disparando con sus cañones piedras envueltas con cintas de hierro, y los vencedores, totalmente desprovistos de recursos, se vieron obligados a barrer

las calles de Querétaro para subsistir antes de poder regresar a casa.

Los textos de Javier Villarreal Lozano contextualizan y redondean los testimonios de los hombres de 1867, con una cronología detallada y una serie de esbozos biográficos de los corresponsales, lo cual hace de este libro un documento más rico y más útil. Villarreal Lozano considera quizás “excesivo” el espacio dedicado al marco histórico y a las biografías de los protagonistas. Al contrario, agradece la información que permite al lector reconstruir las vidas de estos hombres, profesionistas, jefes de familia, a veces militares sin querer, en fin “comunes y corrientes,” actores históricos claves que, sin embargo, conocemos poco porque no han figurado –con excepción quizá de Victoriano Cepeda– como los héroes excepcionales y singulares de los que tanto gusta la historia de bronce. Lo que sí se extraña, no obstante, es una revisión más a fondo de la muy compleja situación política de Coahuila a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. A veces, la dinámica de la confrontación política –vale recordarlo, entre “liberales”– parece no reflejar –es el caso de Cepeda y Antonio García Carrillo– más que opacos desencuentros personales. No queda claro entonces cuáles eran los intereses locales y económicos y las visiones políticas que movían a estos hombres, aunque el apartado sobre el “olvidado” patriota Hipólito Charles sugiere el peso y la complejidad de la problemática de la anexión y de la relación de la clase política estatal con Santiago Vidaurri. Puede decirse, sin embargo,

lia, Morelia: Imprenta de Ignacio Arango, 1867; *Maximiliana y los últimos sucesos del Imperio en Querétaro y México. Opúsculo. En que se refutan las Memorias redactadas por Félix de Salm Salm...*, México: Imprenta de Ignacio Cumplido, 1870.

que se trata de cuestiones que en mucho rebasan el objetivo del libro, cumplido con creces: presentar las voces y visiones de los hombres de Saltillo que estuvieron presentes en el derrumbe del Imperio. ❧

Suraiya Faroqhi, *The Ottoman Empire and the World Around It*. Londres-Nueva York: I.B. Tauris, 2006 (2004), 290 p.

Javier Buenrostro

La Europa moderna y sus comienzos han sido de los tópicos más abordados por los historiadores durante muchas generaciones. Hablar del imperio de Carlos V y de la Casa de los Habsburgo, del poderío de la Francia monárquica y de la consolidación marítima de ingleses y holandeses es un lenguaje común incluso en historiadores bisoños. Sin embargo, se deja de lado casi siempre a uno de los principales actores en la política europea de estos tiempos: el Imperio otomano. Y cuando se le llega a mencionar no es sino en relación con fuentes y visiones europeas, olvidando el punto de vista turco-otomano.

La historiadora alemana Suraiya Faroqhi (Universidad de Munich) ha venido reconstruyendo –junto con otros historiadores turcos y europeos– la perspectiva del Imperio otomano desde la búsqueda de fuentes de primer grado (*Approaching Ottoman History*, Cambridge UP, 1999), ya sea la vida cotidiana dentro de del mundo otomano (*Subjects of the Sultan*, I.B. Tauris, 2000) o la estrecha relación comercial que tenía con los vecinos de occidente.

En su más reciente libro, *The Ottoman Empire and the World Around It*, Faroqhi busca mostrar que el mundo de europeos y otomanos tuvo más cosas en común de lo que se imagina.¹ El periodo de tiempo que abarca el ensayo es de poco más de dos siglos y medio, empezando en 1540, poco después de la toma de Belgrado por Süleyman “El Magnífico” y de establecer la vecindad con los territorios en control de los Habsburgo. La colindancia de estos dos imperios rivales, pero ambos con gran fuerza, trajo consigo cierta estabilidad, probablemente involuntaria, que duró hasta el periodo de la crisis del Imperio, regularmente asociado con los reinados de Selim III (1789-1807) y Mahmud II (1808-1839), y que probablemente tuvo su comienzo en la guerra contra Rusia de 1769. Para Faroqhi, a mediados del siglo XVI se abrió un cambio de perspectiva en la manera en que el Imperio otomano se relacionaba con los territorios en sus fronteras, relación explicada por el freno del expansionismo imperial y por una *pax otomana* de carácter forzado pero que permitió cierta estabilidad para que el comercio se pudiera desarrollar de manera cotidiana.

El enfrentamiento de “infieltes” entre europeos y otomanos –ambos lo eran desde alguna perspectiva– no parece haber sido tan catastrófico como pudiera pensarse. Primero, porque Europa se encontraba convul-

¹ Una ventaja considerable es que esta investigadora no solamente habla varias lenguas europeas sino que tiene dominio del turco moderno y del turco otomano, lo que le permite acceder a un número considerablemente mayor de información de fuentes de primer grado.

sionada con sus propias guerras de religión entre protestantes y católicos, los cuales tuvieron lugar durante el siglo XVI y ocuparon un rol central en la política europea hasta después de la Guerra de Treinta Años, a mediados del siglo XVII. Así, aunque los europeos, y principalmente los Habsburgo, consideraran a los otomanos como un peligro para la cristiandad, los conflictos internos no les permitieron unificar al enemigo. Incluso Francisco I de Francia tuvo un acuerdo de facto con Süleyman en el que ambos combatían contra Carlos V a cambio de ciertos acuerdos comerciales. Pero, aunque el caso de Francisco I fue el que más escándalo causó, se debió mucho a situaciones propagandísticas. Venecia, por poner sólo un ejemplo, siempre tuvo acuerdos comerciales de muy buena índole con los “infielos”.

Lo mismo podríamos decir desde la perspectiva otomana. Era común en los escritos oficiales hablar de *Darüislam* (la casa del islam) y de *Darüharb* (la casa de la guerra). Pero la diferencia no es tan tajante como parecieran sugerir los escritos, ya que a la *Darüislam* pertenecían no solamente los miembros del Imperio sino también personajes lejanos como los mogoles de la India (al menos hasta el reinado de Akbar), mientras que la categorización de los chiítas fue ambigua en muchas ocasiones. Otras ciudades se consideraban parte del Imperio otomano aunque estuvieran gobernadas por no musulmanes, ya que bajo la ley islámica aquellos que no siendo musulmanes aceptan pagar tributo al sultán otomano eran considerados como parte del mundo islámi-

co. Entre éstos, el caso que más destaca es el de Dubrovnik, ciudad-Estado que por su tamaño y localización evitó gran parte de los conflictos del Imperio, manteniendo cierta autonomía, dedicándose al comercio y pudiendo así pagar los altos tributos que Estambul le imponía.

Mientras tanto, Estambul era en esos momentos, si duda, la capital del islam sunnita, y con alrededor de 400 mil habitantes era probablemente el centro urbano más grande de la época –ya sea de Europa o del Medio Oriente–, ciudad cosmopolita a la que arribaban viajeros de India o China y atracaban en su puerto navíos de casi toda la Europa cristiana. De hecho, los comerciantes (salvo los iraníes), los viajeros e incluso los misioneros gozaban de mucho menos restricciones dentro de las fronteras del Imperio otomano que las que tenían en Rusia, China o Japón, por ejemplo.

La vida en Estambul estaba caracterizada por una alta diversidad. Coexistían mercaderes musulmanes de la India con católicos, protestantes y judíos. En la plaza central de la capital del Imperio otomano, miembros de las tres religiones descendientes de Abraham convivían gracias al comercio y en algunos casos hasta podían pasar largos periodos de tiempo residiendo en la ciudad. Esto demuestra la certeza de Braudel, quien afirmó que el capital de las economías necesita ser tolerante con los extranjeros y con sus prácticas “extrañas”.

El último capítulo del libro muestra que, para la reconstrucción del punto de vista otomano, es necesario valerse no sólo

de los elementos materiales disponibles sino del rescate de fuentes de primera mano olvidadas o ignoradas hasta hace pocos años. Escritos de diplomáticos o viajeros son poco comunes antes del siglo XVIII; sin embargo, cada vez se encuentran más escritos que modifican la perspectiva desde la que se abordan ciertas problemáticas. Si antes el Imperio otomano debía comprenderse a la luz de sus relaciones con Europa o para entender problemáticas específicas de España, Holanda o Rusia, va siendo tiempo de atender una de las más destacadas temáticas de la historia en su propia dimensión y en sus propios términos, los cuales modificarán, forzosamente, los anteriores, a través de los nuevos hallazgos de las fuentes de primera mano.² Sin duda surgirán nuevas discusiones sobre un tópico tan añejo. ❧

Amartya Sen, *The Argumentative Indian. Writings on Indian History, Culture and Identity*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2005.

Beatriz Martínez Saavedra

Galardonado con el premio Nobel de economía 1998, Amartya Sen es ampliamente reconocido por sus teorías sobre la pobreza, el desarrollo humano, la economía del bienestar y el hambre en el mundo. Sin embargo, asumido en la postura de un intelectual público, también ha ahondado en la exploración de temas de índole diversa, y *The Argumentative Indian* es un ejercicio de reflexión incisiva sobre la historia y la cultura indias que intenta alejarse de modelos este-reotípicos que han sobredimensionado el

rasgo de la espiritualidad india/hindú. El hilo conductor en los ensayos de Amartya Sen es la revaloración de la soslayada tradición heterodoxa de la India, pues el autor considera que si hay un aspecto que se ha privilegiado en las percepciones sobre India, es el que se refiere a la espiritualidad y religiosidad, mismo que ha permeado la conformación de la identidad india proyectada al exterior. Sen empieza por señalar la capacidad de argumentación de los indios pero, contrario a lo que siempre se ha asumido, destaca que es una argumentación que también se inserta en una tradición heterodoxa y que no se homologa exclusivamente con grupos de élite sino que ha estado presente en grupos subalternos como las mujeres y las castas bajas (p. 11).

Para Sen, la tradición de argumentación de la India ha sido esencial para el desarrollo de la democracia y el surgimiento de prioridades seculares. El autor observa una tendencia generalizada a ver las raíces históricas de la democracia en el gobierno colonial y considera que normalmente se omite la larga tradición de debates públicos y tolerancia de la heterodoxia intelectual, factores que han permitido un arraigo efectivo de la democracia en la India. Respecto a la cuestión democrática, observa que existen dos nociones equivocadas que deben evitarse. La primera consiste en tomar a la democracia como un obsequio de “Occidente”

² Para una mejor comprensión sobre este tema se debe ver Faroqhi, *Approaching Ottoman History. An Introduction to the Sources*. Cambridge, Cambridge UP, 1999.

que la India simplemente aceptó con la independencia (punto desarrollado a detalle por Partha Chatterjee en *The Nation and its Fragments*); la segunda es asumir que hay algo único en la historia india que hace que el país esté especialmente capacitado para la democracia. El punto de Sen es más bien que la democracia está íntimamente relacionada con la discusión pública y el razonamiento interactivo, y que en la medida en que en la India han existido largamente esas tradiciones ha sido más sencillo que la democracia se institucionalice.

Con un continuado análisis sobre la heterodoxia en la India, Sen se sumerge en la discusión sobre el secularismo, noción cuyo significado e implementación desató acalorados debates en la década de los noventa, cuando el comunalismo hindú se encontraba en su momento más álgido. La noción de secularismo que el autor explora tiene que ver más con un respeto por todas las religiones que se cultivan dentro de la democracia india que con una separación tajante de la religión y el Estado. El secularismo en la India contemporánea contiene fuertes influencias de la historia intelectual india, incluyendo el predominio de un pluralismo intelectual. Y en ese sentido, a lo largo de diferentes ensayos, el autor remite a una tolerancia religiosa y cultural manifiesta en distintas épocas, aun cuando gobiernos extranjeros y de fe religiosa diferente encabezaban el poder.

Por otro lado, en contraste con la tradición de tolerancia y heterodoxia de la India, Sen destaca la postura de los activistas polí-

ticos hindúes que parecen soslayar estas añejas tradiciones. Así, la problemática ideológica de la derecha hindú se debe a la aceptación de las nociones de la supremacía de lo religioso, por un lado, pero también a una visión reduccionista del hinduismo en India. Los escritos de Sen abordan la complejidad que representa el ascenso del comunalismo hindú, que desde su perspectiva tiene su origen en la aceptación de ese precepto religioso como rasgo distintivo de la identidad india. Sen observa que con el surgimiento de la *hindutva* o la “cualidad del hinduismo” se ha buscado establecer este rasgo como un elemento esencial de la “indianidad”, es decir, de la condición de ser indio. En las consideraciones sobre la *hindutva* el autor señala la idea presente en los activistas hindúes, a saber, que la tradición hindú histórica y cultural es milenaria y que todo rasgo de la cultura india actual tiene la impronta de las prácticas y los pensamientos hindúes. Sin embargo, para Sen esta consideración implica el olvido de que otras religiones y culturas también tienen una larga historia en el subcontinente, el cual por mucho tiempo ha sido pluralmente religioso, con el islam, el budismo, el jainismo y el cristianismo, entre otros. Así, el arte, la literatura, la música, la arquitectura, el teatro y la comida indios dan clara cuenta de las contribuciones de esfuerzos constructivos que han desafiado las supuestas barreras de las comunidades religiosas.

Amartya Sen también observa en los militantes de la *hindutva* una necesidad imperiosa de inventar el pasado; y en aras de

saciar esa necesidad éstos se dan a la tarea de reescribir la historia india, una que intenta cancelar sucesos y elementos que no tengan una participación u origen netamente hindú, lo cual implica el empobrecimiento del pasado y de la historia como tales, esto para impulsar una identidad hindú congruente con una identidad india general. Así, con la invención del pasado, ocurre una alienación de la India de su propia historia multicultural (p. 65). Dadas las prioridades de la *hindutva* –entre ellas esencializar lo hindú en el pasado indio– reescribir la historia tiende a favorecer un aislamiento interno y externo, pues se intenta separar la celebración de los logros hindúes de los no hindúes, así como los desarrollos culturales e intelectuales fuera de la India. Sin embargo, esta perspectiva aislacionista entra en conflicto con los aspectos bien conocidos de la historia india que no subestiman la interacción de la India con otras culturas. Todo esto es esquematizado en las nociones de una India pequeña y una India más amplia. La primera es enarbolada por los partidarios de la *hindutva*, quienes, además de primordializar la religión en la India dejando de lado la tradición heterodoxa, intentan explotar una suerte de separatismo o alienación que finalmente los confronte con la idea de la India misma y que los encauce hacia una visión menoscabada del hinduismo. En el otro lado del espectro está una India más amplia, orgullosa de su pasado heterodoxo y de su presente plural.

Asimismo, el autor refiere cómo la experiencia colonial ha intervenido en detri-

mento de la confianza intelectual de los indios, lo cual tiene que ver con el desconocimiento que se da de las tradiciones científicas y críticas de la India. De acuerdo con Sen, este hecho ha llevado a muchos indios a buscar fuentes de dignidad y orgullo en algunos logros especiales, no tanto del intelecto –a menudo minimizados por autores europeos– como de otro tipo, con menos detractores occidentales; tal es el caso de la noción de espiritualidad, que se asumió como un rasgo en el que “Oriente”, se supone, resultaba superior al “Occidente” material (Chatterjee aborda este punto en la obra citada, aunque también puede consultarse al respecto a Ian Buruma, *Occidentalism: The West in the Eyes of its Enemies*).

En las nociones que los habitantes del subcontinente tienen de sí mismos, el papel del colonialismo ha sido determinante. Al respecto, se advierten tres aproximaciones o enfoques occidentales particulares sobre la India: el enfoque exoticista, el magisterial y el curatorial. El enfoque exoticista se centra en los aspectos de diferencia de la India o del país en cuestión, es decir, en los elementos que constituyen lo extraño o la diferencia. Por su parte, el enfoque magisterial se relaciona con el ejercicio de los poderes imperiales y ve a la India como un territorio sujeto a la perspectiva de los gobernadores británicos; este enfoque supone un sentido de superioridad y de vigilancia por parte de los conquistadores. Finalmente, la categoría curatorial incluye varios intentos de clasificar, anotar y exhibir los diversos aspectos de la cultura india. Sen

observa que estos tres enfoques –positiva o negativamente– han influido en las percepciones de los indios y de quienes los observan. Para él, el grueso de las contribuciones proviene de la admiración del enfoque exotista –en particular el relativo a la espiritualidad– y de la minimización del enfoque magisterial, sobre todo en lo que a ciencia y tecnología se refiere (p.159). No obstante, se nos señalan como casos concretos textos sobre literatura, matemáticas, lógica, astronomía, fisiología, lingüística, fonética, economía, ciencia política; ahí están además el ajedrez, el polo, el bádminton y el antiguo *Kamasutra*, que dan cuenta de otras esferas de desarrollo de la vida india aparte de la dimensión religiosa.

En términos generales, el objetivo esencial de Sen es reconocer plenamente la tradición heterodoxa de la India y su dimensión secular, ya que el enfoque exagerado de la religiosidad ha contribuido a subestimar el alcance de la razón pública. Así, el pensamiento del autor cobra relevancia al traducirse en un llamado a observar esa otra tradición que desentona con el muy difundido lugar común de una India espiritual, imagen que se concatena con otras concepciones que parten de lo religioso, pero que al exacerbarse terminan en un constructo fundamentalista que promueve el rechazo hacia el otro, concebido como religioso en el mejor de los supuestos y fanático o terrorista en el peor. Y esta concepción no se reviste de inocencia, toda vez que su difusión desemboca en muchos casos, como bien tenemos noticia, en asuntos tan rele-

vantes como la historia, la política o la seguridad nacional. Aquí subyace la trascendencia del rescate de la dimensión secular india que ha emprendido Amartya Sen. 

Carlos Castañón Cuadros, *Las dos repúblicas. Una aproximación a la migración china hacia Torreón: 1924-1963*. Torreón: Ediciones del ayuntamiento de Torreón, 2004, 124 p.

Jean Meyer

Si bien el libro es pequeño en cuanto a número de páginas, representa una aportación muy valiosa, más allá de la historia general, al estudio de un fenómeno social que es de actualidad y tiene mucho porvenir: el de las migraciones internacionales. Hoy en día, cuando los mexicanos siguen sintiendo de manera irresistible la atracción del “Norte”, de los “Yunaites”, los chinos de la nueva China, la del crecimiento agigantado a un ritmo de 10 por ciento anual, han retomado el camino abierto en la segunda mitad del siglo XIX por los habitantes de la China meridional, en especial los de la provincia de Cantón.

Una corriente migratoria se da entre dos polos, el punto de partida y el de llegada. Carlos Castañón empieza, en el primer capítulo, por plantear el escenario del polo de atracción, el punto de llegada, a saber, la región de Torreón-La Laguna, una “frontera” de crecimiento explosivo a finales del siglo XIX y principios del XX, bajo el impacto del algodón, los ferrocarriles y la industrialización. La pujante villa de Torreón fue eleva-

da a categoría de ciudad por el Congreso del Estado de Coahuila en 1907. El despegue y la consolidación de la economía lagunera explican la presencia de numerosos extranjeros de muchas nacionalidades, siendo los más numerosos los chinos y los “turcos”, esos siro-libaneses sujetos del imperio otomano que viajaban con un pasaporte “turco”.

El segundo capítulo, “Los ausentes”, presenta el fenómeno de la diáspora china (el número 27 de *Istor* le dedicó su dossier), particularmente desde la provincia de Kuantung (Cantón), tan pronto como China se abrió –mejor dicho: fue abierta violentamente– al mundo exterior. El crecimiento demográfico, los desastres naturales y humanos (la miseria, las grandes rebeliones duramente reprimidas) originaron una gran corriente migratoria hacia el exterior, corriente alentada por el mismo gobierno chino. Del sur de China salió la mayoría de los emigrantes hacia el sudeste de Asia, Australia, Nueva Zelanda, Europa y América, tanto la del norte como la del sur. A Cuba empezaron a llegar los culíes en 1847; a Estados Unidos, entre 1847 y 1862; a Perú, a partir de 1855, y a México, a partir de 1880, año de la firma del Tratado de Amistad, Comercio y Cooperación con China.

Provenientes de China, Cuba y Estados Unidos, esos emigrantes desembarcaban en Mazatlán, Manzanillo, Salina Cruz, Veracruz y Tampico. En vísperas de la Revolución mexicana, había numerosas colonias chinas en Baja California, Sonora, Torreón, Tamaulipas y Yucatán. Había prosperado, a pesar

de la oposición de varios sectores sociales que denunciaban la inmigración china “por la abyección, vicios y fealdad de esa raza”. A ese racismo, con motivaciones socioeconómicas y culturales, se añadía el reclamo de la izquierda: el manifiesto del Partido Liberal de los Flores Magón pedía la expulsión de los chinos de México, demanda también del sindicalismo norteamericano y que retomaría en adelante la CROM; consideraban que esa mano de obra barata e indefensa servía a los empresarios para deprimir los salarios y disponer de “esquiroles”.

El libro no vuelve a estudiar el tema trágico de las matanzas que ocurrieron en Torreón en mayo de 1911, cuando la paranoia xenofóbica y el vandalismo destructor, en el marco de las jornadas revolucionarias, se desataron contra los chinos de Torreón. Por lo menos 250 inmigrados, de toda condición social, fueron masacrados en esta ciudad y la colonia china sufrió, además, pérdidas materiales enormes. Ese terrible *pogrom* ha sido bien estudiado y deja a los historiadores de las mentalidades un ejemplo de cómo corren los rumores y cómo se levanta una leyenda negra contra un grupo étnico, leyenda que, de repente, se vuelve mortífera cuando las circunstancias lo permiten. En *Entre el río Perla y el río Nazas. La China demoníaca y sus braceros emigrantes, la colonia china de Torreón y la matanza de 1911* (México: Conaculta, 1992), Juan Puig lo demuestra de manera ejemplar.

Carlos Castañón no centra su trabajo en la xenofobia hacia los chinos de Torreón, pero señala con precisión la persistencia de

esa xenofobia a lo largo de la Revolución mexicana, con el surgimiento de organizaciones y grupos de presión locales, en contacto con una red nacional que cultivaba el mismo racismo agresivo y perseguía “la solución final” para los chinos. Esas palabras las acuñó el gobernador de Sonora Rodolfo Cailles, muchos años antes de que los nazis las aplicaran a otro grupo étnico. Lo que es de admirarse es que se haya mantenido una importante colonia china en Torreón después de la matanza, con todo y el racismo de un grupo influyente; es de admirarse también la actitud de las autoridades municipales de Torreón, que no cedieron a la presión racista y no hostigaron a sus huéspedes (pp. 63-63). Ciertamente la actitud oficial fue a veces laxa y ambigua, pero no acaató las consignas del Comité Antichino, como sí se hizo en otras ciudades y estados. El municipio prestó garantías a los chinos residentes durante la campaña antichina de los veinte y los treinta, en un México cuya política migratoria oficial no era nada favorable a éstos (y tampoco a los judíos, libaneses, armenios, etcétera). Esta actitud tuvo un gran mérito si pensamos que “existió una innegable participación de los miembros del comité antichino con el ayuntamiento”, como lo manifiestan los archivos consultados por el autor.

El gran valor del libro es precisamente que descansa sobre una profunda investigación en los archivos municipales y estatales; en particular, Castañón sacó todo el jugo socio-profesional y económico del Registro Nacional de Extranjeros (sección Extranje-

ría del Fondo Presidencia de Torreón) de los años 1880-1966. Pero el lector no resiste la tentación de compartir la alegría que sintió al ver la noble resistencia del ayuntamiento de Torreón frente a la poderosa corriente racista de los años 1924-1934. Cuando los comités antichinos lograban en muchos estados la aprobación de leyes y reglamentos racistas, el presidente municipal denunció el “salvaje espectáculo de injuriar y apedrear a los chinos, ahuyentándolos del mercado y otros lugares públicos, lo que es deshonoroso para nuestro país” (26 de julio de 1924). Los miembros de la colonia china, por lo mismo, no temieron presentar quejas y confiaron en la justicia local (julio y agosto de 1924). A las peticiones del comité antichino, la comisión de gobernación de la ciudad contestó que “se ha girado a Salubridad para que atienda, no solamente a todos los comerciantes chinos, sino a todos los comerciantes cualquiera que sea su nacionalidad, que se encuentren enfermos y les prohíba que manejen comestibles. No es posible aplicar a los comerciantes chinos el máximo de impuestos, porque esto sería contravenir los postulados de nuestra Constitución (...) Con respecto a que se les prohíba a los chinos dormir en sus propios almacenes, se ha dado instrucciones a Salubridad para que verifique, no sólo los negocios de los chinos, sino de todos los comerciantes” (octubre de 1925, p. 61). Además, el ayuntamiento le negó el registro y la personalidad jurídica al comité (enero de 1926).

Gracias a la línea seguida por su ayuntamiento, la sociedad de Torreón, con todo y

la activísima presencia del comité antichino, convivió con los chinos en plena alteridad, aceptando la notoria diferencia cultural de ese “Oriente”. Escribe Castañón: “Los chinos en Torreón pudieron izar una bandera de la República China en plena efervescencia del movimiento antichino (...) encontraron reconocimiento a través de los símbolos y de las instituciones existentes. Crearon la representación de la ‘colonia china’, luego la Unión Fraternal China, así como lograron la integración de sus miembros a otras instituciones” (p. 64). Así, comerciantes chinos entraron a la Cámara Nacional de Comercio de la Laguna o a la Logia Simbólica. El desenlace feliz del conflicto de los años veinte se confirmó en la década siguiente, cuando la minoría china echó realmente raíces en la ciudad. Por una vez el historiador no cuenta puras tragedias y puede terminar con un *happy ending*. ❧

L/ISTOR

La Lista de *Istor* prolonga la sección de reseñas, siempre insuficiente, con algunas recomendaciones de lectura.

Simon Schama, *Rough Crossings. Britain, the Slaves and the American Revolution*. Londres: BBC Books, 2005.

Howard Temperley dice que Simon Schama, el famoso autor de *Citizens*, su gran libro sobre la Revolución francesa, es nuestro Macaulay. La historia que cuenta no es desconocida pero hace mucho que no la conta-

ban, nunca fue tan bien escrita y nunca el historiador había visto la batalla desde el punto de vista de los esclavos. ¿Qué les ocurrió a los esclavos americanos que optaron por pelear en las filas británicas durante la guerra de independencia de Estados Unidos? ¿Qué a los que huyeron a Nueva Escocia con los realistas derrotados, y a los que más tarde fueron llevados hasta África, en Sierra Leona? Ésta es la historia trágica que nos cuenta Schama, la historia de lo que él llama “el gran levantamiento de los esclavos americanos”, cuando John Murray, el último gobernador británico de Virginia, ofreció la libertad a los esclavos que se alistaran en las filas del ejército de Su Majestad británica. George Washington denunció a Murray como un “archi traidor a los derechos de la humanidad”. Se trata de una representación nada clásica de una guerra de independencia que poco tiene que ver con lo que se enseña en las escuelas.

Harry S. Stout, *Upon the Altar of the Nation : a Moral History of the American Civil War*. Nueva York: Viking, 2005.

La pregunta que plantea el autor es la siguiente: ¿esa Guerra, la Guerra de Secesión, la guerra civil que ensangrentó a Estados Unidos, fue una guerra justa? Después de recordar las tesis teológicas cristianas, de San Agustín a Santo Tomás, y de distinguir entre el derecho de ir a la guerra (“jus ad bellum”) y la conducta de guerra (“jus in bello”), se dedica esencialmente a revisar la conducta de guerra y su justificación por el

principal árbitro moral de la época, a saber, el clero protestante. En los primeros meses de la guerra, hasta el verano de 1862, los combatientes respetaron, más o menos, las leyes de la guerra, las poblaciones civiles y sus bienes. Tanto el presidente Lincoln como sus generales dieron instrucciones en ese sentido. Pero cuando se dieron cuenta de que la resistencia del Sur iba en serio cambiaron de parecer; la guerrilla llevada a cabo por sus adversarios en los territorios ocupados por los norteamericanos hizo que aquéllos borrarán la distinción entre población civil y combatientes y utilizaran ganado y cosechas para sus ejércitos. El mismo general Sherman, que había ordenado respetar las propiedades del adversario, afirmaba en 1862 que “todos en el Sur son enemigos de todos en el Norte. Todo el país está lleno de guerrillas. El Sur entero, hombres, mujeres y niños, está contra nosotros, armados y determinados. Peleamos no sólo contra ejércitos enemigos sino contra un pueblo enemigo y debemos hacerles sentir la mano dura de la guerra”. Así fue. Y por los dos lados. La guerra se volvió una guerra total con todas las atrocidades que eso significa.

El autor acusa a Lincoln de cargar con una gran parte de responsabilidad en ese cambio radical; hasta habla de su “gusto por la sangre”. Para Stout, el único elemento “justo” de toda la guerra fue “la abolición de la esclavitud y la libertad de cuatro millones”, lo que le permite concluir que “el bando correcto ganó, olvidándonos de las muertes y los sacrificios”. Sin embargo, no alcanza a decidir qué fue peor, si la esclavi-

tud o la guerra total practicada por el Norte contra el Sur: “Este libro no es una historia moral de la esclavitud. Es una historia moral de la guerra.” Sugiere que el alto mando de los dos ejércitos fue culpable de llevar la guerra de manera “no justa”.

Hay que saber que el autor es un historiador de la religión en Estados Unidos, de la religión “americana”; por lo tanto, le importa mucho la actitud de las Iglesias y de sus pastores durante la guerra. Todas y todos, o casi, fueron más patriotas que cristianos: “Dios con nosotros”. Un libro triste que plantea importantes preguntas.

Louis S. Warren, *Buffalo Bill's America. William Cody and the Wild West Show*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 2005.

William Cody (1846-1917), alias Buffalo Bill, no hizo muchas de las cosas que pretendió haber hecho, pero fue una *star* muy querida de Estados Unidos (y fuera de Estados Unidos también). Warren, si bien separa la ficción de la realidad, no está interesado en denunciar las “mentiras” de la estrella, sino en entender porqué las dijo y cómo nos permiten entender la realidad de una sociedad en cambio acelerado. Cody fue correo, cuatrero, combatiente en la guerra civil, empresario, gambusino, cazador de bisontes, jefe de exploradores, participante de la guerra contra los indios, etcétera. A partir de esas experiencias reales de la “frontera”, construyó su leyenda con un éxito notable: “No soy un actor, soy una estrella. Todos los actores pueden convertirse en es-

trellas, pero no todas las estrellas pueden volverse actores.” En 1883 inventó su famoso espectáculo del Wild West y, de aquí en adelante, dio a los americanos lo que querían: una síntesis histórica rápida y en acción del Oeste y del progreso de la “civilización”. Luego, los públicos británicos y europeos se entusiasmaron con esa versión de una historia al revés, en la cual los indios son los agresores, y los conquistadores, las inocentes víctimas. A través de Buffalo Bill se puede entender lo que fueron –y lo que son– los Estados Unidos.

Jorge Ramos, *Morir en el intento: La peor tragedia de inmigrantes en la historia de los Estados Unidos*. Nueva York: Rayo, 2005.

Periodista ganador de muchos premios, Jorge Ramos es también el autor de *No Borders: A Journalist's Search for Home* y de *The Latino Wave: How Hispanics Are Transforming Politics in America*. En su último libro estudia una “anécdota” trágica (las comillas nuestras insisten en el sentido etimológico original y fuerte de esa palabra griega): la muerte, en mayo de 2003, de 19 personas entre las 73 amontonadas en un “trailer” que debía llevarlas hasta Houston, Texas. Cada día tres mil personas, en promedio, son capturadas por la patrulla fronteriza y los “vigilantes”, y quién sabe cuántas más logran escapar a su vigilancia y pasar de México a Estados Unidos. El libro recrea las últimas horas de las 19 víctimas y estudia

la red de intereses y de corrupción que arma algo que se parece a una esclavitud contemporánea.

Natalia Almada, *Al otro lado (To the Other Side)*, documental de 66 minutos. Coproducción de P:O:V / American Documentary Inc, Cinema Tropical. Distribución de Cine Tropical, Louise Rosen LTD Internacional Distribution y Altamura Films (www.altamurafilms.com).

El documental de Natalia Almada es de lo mejor que se pueda ver y escuchar sobre la gran migración que empuja hacia el Norte a millones de mexicanos (y de latinoamericanos). No es un documental sobre el corrido (hay que escuchar también a Los Verseiros, cuyo disco *Istor* presenta en este mismo número), pero el corrido acompaña constantemente y completa las entrevistas a los inmigrados y a los candidatos a la emigración. Almada va y viene, a lo largo de un año, de un lado a otro de la frontera, desde una pequeña comunidad de pescadores de Sinaloa hasta los antros de la gran ciudad californiana. La falta de trabajo, la ausencia de perspectivas, la droga y sus traficantes, sicarios y asesinos, la atracción ejercida por el Norte, la esperanza de mucho dinero fácil, la violencia, los crímenes del otro lado, las condiciones sociales y mentales: nada escapa al ojo y al oído de la directora, que nos entrega uno de los trabajos más convincentes, más serios y conmovedores sobre el tema de la migración, sin demagogia ni sentimentalismo. 